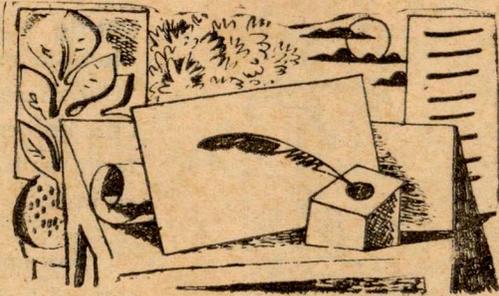


Entre el poeta y el hombre de ciencia no hay tanta distancia como entre la poesía y la investigación. Ello es más evidente en ciertos singulares casos de mentalidad científica, en que el quehacer indagatorio, la experiencia sorprendente y el descubrimiento renovador, donde culmina el proceso del laboratorio, suscita, junto con la reflexión racional, un modo de la fantasía. El hombre de ciencia completo termina por ser filósofo, y el filósofo se despliega en poeta. Es menos el influjo de Rosamonde Gérard, su madre, y de Edmond Rostand, su padre, que el misterio vital al que se asomó a través de la biología el que condujo al profesor Jean Rostand a escribir "Pensées d'un biologiste" que acaba de aparecer en nuestro idioma (1). El mismo dijo que "antes de soñar es necesario saber". Esa sabiduría previa es la del asombro, como la pidiera André Gide, y el asombro ante la verdad que es siempre umbral de otra más grande verdad, secuencia ininterrumpida que lleva a la infinitud del conocimiento, mueve, al fin, al lírico. A Rostand le debe la biología importantes descubrimientos de genética, partenogénesis y leyes de la herencia. Precisamente, pues, en el campo del origen de la vida, que es, en cierta manera, el de su paradójico acabamiento y continuidad simultáneos. Varios cuadernos de apuntes llegaron a constituir este librito que no puede faltar en la biblioteca de un hombre de nuestro tiempo, tanto por lo que él implica de divulgación de importantes realidades habitualmente confinadas al saber especializado cuanto porque este vástago de escritores supo decir en un lenguaje prístino cómo la incógnita de la existencia animal y humana es toda una definición de la poquedad que somos. Poquedad, por supuesto, capaz de reconocerse, lo cual la libera de su condición de inferioridad en la genial variedad del cosmos.

Rostand va de la ciencia a mayores alturas. Si nos dice, con su autoridad de biólogo, al principio de su libro, que todos estamos formados del mismo polvo cromosómico y que, por ello, integramos "un mosaico original de elementos banales", y si, en esa misma línea, afirma que "cuando un hombre habla con altanería a otro, no se tiene, por lo general, ningún motivo para pensar que los cromosomas mejor calificados estén del lado de la insolencia", más adelante propone una válvula de escape a dicho determinismo en la evolución espiritual, la que, sin embargo, debe ser íntegramente incorporada a sí por cada individuo mediante un aprendizaje cultural acelerado y riguroso. De tal manera, "siendo nuestra sustancia la misma, o po-



## Ciencia y poesía en Jean Rostand por Sebastián Salazar Bondy

co más o menos la misma, que nos legó el hombre ancestral, es necesario desechar, de una buena vez, todo prejuicio concerniente a la antañudez de las familias, las castas o los pueblos". Por eso concluye: "Un individuo no puede tener detrás de él sino su propio pasado. Entre el salvajismo del huevo — decreta— y los refinamientos de la civilización, no habrá jamás sino el espacio de una vida". Las diferencias humanas —aún las de un sexo y otro— no son sino diferencias químicas cuantitativas. El amor, entonces, "está construido sobre nimias diferencias moleculares de algunos derivados del fe-

nantreno. ¿Esto —se pregunta— para despoetizar el amor? ¿O es para poetizar la química?"

Paso a paso, Rostand avanza en sus meditaciones y en sus sueños. Vuela, pero como un ave cuya extremidad estuviera marcada por su dueño, en su caso la ciencia biológica. El origen de la vida ("La vida no pudo infestar sino una tierra enfriada y que envejecía..."), la preeminencia psicológica del hombre (el hombre "no es hombre sino porque es más mono que el mono"), las revelaciones de la ciencia ("...podría suceder también que la humanidad fuera, en su conjunto, incapaz de tolerar la verdad de la ciencia"), la contingencia de lo vivo ("Es lo inerte y no lo vivo lo que vence en el universo. Morir es pasar del lado del más fuerte"), la posibilidad del alma ("...si nosotros tenemos un alma inmortal, es necesario que haya una, también, en los infusorios que habitan el recto de las ranas"), la idea de Dios ("Nada, es demasiado poco; Dios, sería demasiado"), la función liberadora de la ciencia ("Ciencia: la única forma de servir a los hombres sin hacerse cómplice de sus pasiones"), la literatura ("Admiro el libro que me condena a leerlo"), la muerte ("La muerte es la única cosa más grande que la palabra que la designa"), la política ("Se liberará la energía del átomo, se viajará entre los astros, se prolongará la vida, se curarán la tuberculosis y el cáncer, pero no se encontrará el secreto para hacerse gobernar por los menos indignos"), la guerra ("Millones de cadáveres para componer lo que hay de más repugnante, la historia"), y mil temas más, se aprietan en este centenar de brillantes páginas, con cierto sabor de escepticismo, melancólicas o alegres según que el concepto del autor postule la feliz esperanza o la desdicha. La precarísima antología de arriba apenas es un ligero testimonio del interés que guardan estas en gran medida poéticas páginas de Jean Rostand.

Lejos igualmente de la arequería —cuyo inarrendiente de humor las convierte en el relumbrón fugaz de un fuego fatuo— y de la seca comprobación biológica y, en general, científica, el libro comentado entraña una moral. Es esto, en realidad, lo que lo hace estimulante, sobre todo porque afecta profundas convicciones y sacude, con su implacable libertad, el nervio de tantas convenciones como adormecen al hombre contemporáneo.

(1) JEAN ROSTAND "El hombre y la vida" Colección Popular Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1960.

El Comercio 7 mayo 1961 Supl. Dom. p.5